

Las últimas etapas de su preparación

Entre tanto, Aquél que cada uno esperaba conforme a sus miras, estaba en medio de ellos sin que se sospechara su presencia. Dificilmente podían ellos pensar que Aquél que era el objeto de sus meditaciones y oraciones, crecía en el hogar de un carpintero allá en la despreciada Nazaret. Pero así era. Allí estaba, preparándose para su carrera. Su mente estaba ocupada en considerar las vastas proporciones de la obra que tenía por delante, tal como las profecías del pasado y los hechos del presente indicaban; sus ojos estaban fijos en todo el país, y su corazón doliente a causa del pecado y vergüenza de la nación. Sentía moverse dentro de sí las fuerzas gigantescas necesarias para hacer frente al vasto designio; y gradualmente se volvía una pasión irresistible el deseo de salir y dar expresión a los pensamientos que tenía, y de ejecutar la obra que le había sido encomendada.

Jesús no tenía más que tres años para llevar a cabo la obra de su vida. Si tomamos en consideración cuan rápidamente pasan tres años de una vida ordinaria y lo poco que generalmente queda hecho a su fin, comprenderemos cuáles deben de haber sido la grandeza y la calidad de ese carácter, y cuáles la unidad e intensidad de esa vida que en un tiempo tan asombrosamente breve hizo impresión tan honda e indeleble sobre el mundo, y legó a la humanidad una herencia tan valiosa de verdad y de influencia.

Es generalmente admitido que al entrar en la vida pública Jesús tenía una mente cuyas ideas estaban completamente desarrolladas y ordenadas, un carácter perfectamente definido en todas sus partes, y unos designios que marchaban a su fin sin la menor vacilación. Durante los tres años no hubo ninguna desviación de la línea que marcó para sí desde el principio. La razón de esto debe de haber sido que durante los treinta años anteriores a su ministerio público, sus ideas, su carácter, y sus designios pasaron por todos los grados de un desarrollo completo. A pesar del humilde aspecto exterior de su vida en Nazaret, era debajo de la superficie una vida de intensidad, variedad y grandeza. Bajo su silencio y retiro se verificaron todos los grados de un crecimiento que dio nacimiento a la magnífica flor y fruto que todos los siglos contemplan con admiración. Su preparación duró mucho tiempo. Para uno que poseía facultades como las de que él disponía, treinta años de reticencia y reserva absolutas fueron largo tiempo. En su vida posterior él no desplegó otro rasgo característico mayor que su grandiosa reserva en palabra y obra. Esto también lo aprendió en Nazaret. Allí esperó hasta que sonara la hora de su preparación completa. Nada podía tentarle a que saliera antes de su tiempo, ni el ardiente deseo de intervenir con protesta indignada en la escandalosa corrupción de la época, ni las creces de su pasión de hacer bien a sus semejantes.

Pero al fin arrojó de sí la herramienta del carpintero, dejó a un lado el vestido de trabajador, y se despidió de su hogar y del querido valle de Nazaret. Pero faltaba algo todavía. Su carácter, aunque en secreto había crecido hasta adquirir tan nobles proporciones, necesitaba todavía una preparación especial para la obra que tenía que hacer; y sus ideas y designios, a pesar de estar muy maduros ya, necesitaban ser solidificados por el fuego de una importante prueba. Aún faltaban los últimos dos incidentes de su preparación: el bautismo y la tentación.

El bautismo de Jesús

Jesús no vino ante la nación, de su retiro de Nazaret, sin una nota de aviso. Puede decirse que su obra fue comenzada antes de que él pusiera mano a ella.

Una vez más, antes de oír la voz de su Mesías, la nación había de escuchar la voz de la profecía, callada durante tanto tiempo. Por todo el país corrían nuevas de que en el desierto de Judea había aparecido un predicador; no como los que repetían en las sinagogas las ideas de hombres ya muertos, ni como los cortesanos y lisonjeros maestros de Jerusalén, sino un hombre rudo y fuerte, que hablaba de

corazón a corazón, con la autoridad de uno que está seguro de su inspiración.

Juan había sido nazareno desde su nacimiento; había vivido años enteros en el desierto, vagando en comunión con su propio corazón por las solitarias riberas del Mar Muerto. Vestía el manto de pelo y el cinto de cuero de los antiguos profetas, y su rigor ascético no buscaba alimento más delicado que langostas y miel silvestre que hallaba en el desierto. Sin embargo, conocía bien lo que es el hombre. Estaba informado de todos los males de la época, de la hipocresía de los partidos religiosos, y de la corrupción de las masas; poseía un poder maravilloso para escudriñar el corazón y conmover la conciencia, y sin temor alguno descubría los pecados favoritos de todas las clases sociales.

Pero lo que más llamó la atención hacia él, e hizo vibrar todo corazón judaico de un cabo del país al otro, era el mensaje que traía. Este no era otra cosa que manifestar que estaba para venir el Mesías, y que iba a establecer el reino de Dios. Toda Jerusalén salía a él. Los fariseos estaban ansiosos de oír las nuevas mesiánicas, y aun los saduceos fueron despertados momentáneamente de su letargo. Multitudes venían de las provincias para oír su predicación, y los esparcidos y ocultos individuos que ansiaban y oraban por la redención de Israel se congregaban para dar la bienvenida a la conmovedora promesa.

Pero a la vez que este mensaje, Juan traía otro, que en diferentes almas despertaba muy diferentes sentimientos. Decía a sus oyentes que la nación en general no estaba preparada para recibir al Mesías; que el simple hecho de descender de Abraham no sería motivo suficiente para que fuesen admitidos a su reino, sino que había de ser un reino de justicia y de santidad, y que la primera obra de Cristo sería rechazar a todos aquellos que no fuesen caracterizados por estas cualidades, así como el agricultor arroja con su aventador la paja y el hortelano corta todo árbol que no da fruto. Por esto llamaba a la nación en general—a toda clase y a todo individuo—al arrepentimiento, mientras todavía había tiempo, como una preparación indispensable para gozar de las bendiciones de la nueva época. Como signo externo de este cambio interior, bautizaba en el Jordán a todos aquellos que recibían con fe su mensaje. Muchos fueron movidos por el temor y la esperanza y se sometieron al rito, pero eran muchos más los que se irritaban por la exposición de sus pecados y se retiraban llenos de ira e incredulidad. Entre éstos estaban los fariseos hacia los cuales él era especialmente severo, y quienes se ofendieron hondamente porque él tenía en tan poco aprecio la descendencia de Abraham a la cual ellos daban tanta importancia.

Un día apareció entre los oyentes del Bautista, uno que llamó su atención de una manera especial, e hizo temblar su voz que nunca había vacilado mientras denunciaba en lenguaje enérgico a los más elevados maestros y sacerdotes de la nación. Y cuando éste se presentó, después de concluido el discurso, entre los candidatos para el bautismo, Juan retrocedió. Comprendía que a éste no correspondía el baño de arrepentimiento que no vacilaba en aplicar a todos los otros, y que él mismo no tenía derecho para bautizarlo. Había en el semblante del candidato una majestad, una pureza, una paz, que hirió a este hombre duro como una roca, con un sentimiento de indignidad y de pecado. Era Jesús, que había venido directamente acá, de la carpintería de Nazaret.

Parece que Juan y Jesús no se habían visto antes, aunque sus familias tenían parentesco, y la conexión entre sus carreras había sido predicha antes de su nacimiento. Esto puede haber sido debido a la distancia entre sus respectivos hogares en Galilea y en Judea, y aún más a los hábitos peculiares de Juan. Pero cuando, obedeciendo al mandato de Jesús, procedió Juan a la administración del rito, llegó a entender la significación de la abrumadora impresión que el desconocido había hecho sobre él; porque le fue dado el signo por el cual, como Dios le había indicado, había de conocer al Mesías, de quien él era precursor. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús, al tiempo que salía del agua en actitud de oración, y la voz de Dios en el trueno lo anunció como su Hijo amado.

La impresión hecha en Juan por la simple mirada de Jesús revela mucho mejor que lo que

harían muchas palabras, cuál era su aspecto cuando iba a comenzar su obra, y las cualidades del carácter que había estado madurándose en Nazaret hasta su perfecto desarrollo.

El bautismo mismo tenía una significación importante para Jesús. Para los demás candidatos que lo recibieron, el rito tenía un significado doble. Indicaba el abandono de sus pecados anteriores, y su entrada en la nueva era mesiánica. Para Jesús no podía tener la primera de estas significaciones, sino en tanto que él se hubiera identificado con su nación, adoptando este modo de expresar su convicción de la necesidad que ella tenía de ser purificada. Pero significaba que también estaba ya entrando por esta puerta a la nueva época de la cual él mismo iba a ser el autor. Este acto expresaba su idea de que había llegado el tiempo en que debía abandonar las ocupaciones de Nazaret y dedicarse a su obra especial.

Pero aun más importante fue el descenso del Espíritu Santo sobre él. No era ésta una vana manifestación, ni simplemente una indicación para el Bautista. Era el símbolo de un don especial, dado entonces, para prepararlo para su obra, y para culminación del prolongado desarrollo de sus facultades peculiares.

Es una verdad que se olvida con frecuencia, que el carácter humano de Jesús dependía, desde el principio hasta el fin, del Espíritu Santo. Estamos inclinados a imaginarnos que la conexión entre este carácter y la naturaleza divina hacía esto innecesario. Al contrario, lo hacía mucho más necesario, porque para ser órgano de su naturaleza divina, su naturaleza humana debía estar investida de dones supremos, y sostenida constantemente por el ejercicio de ellos. Estamos acostumbrados a atribuir la sabiduría y gracia de sus palabras, su conocimiento sobrenatural aun de los pensamientos de los hombres, y los milagros que hacía, a su naturaleza divina. Pero en los Evangelios tales prerrogativas se atribuyen constantemente al Espíritu Santo. Esto no significa que eran independientes de su naturaleza divina, sino que en ellos su naturaleza humana fue capacitada mediante un don especial del Espíritu Santo, para ser el instrumento de su naturaleza divina. Este don le fue dado en su bautismo. Era análogo al posesionamiento de los profetas, tales como Isaías y Jeremías, por el Espíritu de inspiración en aquellas ocasiones de que han dejado el relato, en que fueron llamados a iniciar su vida pública. Es análogo también al derramamiento especial de la misma influencia que reciben a veces en su ordenación, aquellos que van a comenzar la obra de su ministerio. Pero a él le fue dado sin medida, mientras que a otros siempre ha sido dado sólo en cierta medida; y comprendía especialmente el don de poderes milagrosos.

La tentación de Jesús

Un efecto inmediato de esta nueva investidura parece haber sido el que experimentan con frecuencia, en menor grado, otros que en su pequeña medida han recibido el mismo don del Espíritu para alguna obra. Todo su ser fue conmovido con respecto a su obra. Su anhelo de ocuparse de ella fue elevado al punto más alto, y sus pensamientos se ocuparon intensamente de los medios por los cuales la había de llevar a cabo.

Aunque su preparación para su obra había durado muchos años, aunque su corazón estaba puesto en ella, y el plan de su vida estaba claramente definido, era natural que cuando se dio la señal de comenzarla inmediatamente, y se sintió repentinamente poseído de los poderes sobrenaturales necesarios para ejecutarla, se presentaron en tumulto a su mente innumerables pensamientos y sentimientos, y que buscara un lugar solitario en donde reflexionar una vez más sobre toda la situación. Por tanto, se retiró apresuradamente de las riberas del Jordán y fue impulsado al desierto, según se nos dice, por el Espíritu que acababa de serle dado. Allí, por cuarenta días vagó entre arenales y montañas áridas, estando su mente tan absorbida con las emociones e ideas que se amontonaban sobre él que se olvidó aun de comer.

Pero nos causa sorpresa y asombro cuando leemos que durante estos días su alma era escenario

de una terrible lucha. Se nos dice que fue tentado por Satanás. ¿Con qué podría él ser tentado, en momentos tan sagrados?

Para entender esto es menester recordar lo antes dicho del estado de la nación judaica, y especialmente sobre la naturaleza de las esperanzas mesiánicas que abrigaban. Esperaban a un Mesías que obrara maravillas deslumbrantes y estableciera un imperio que abarcara todo el mundo, con Jerusalén como su centro, y habían puesto en segundo término las ideas de justicia y santidad. Invirtieron por completo el concepto divino del reino que no podía menos que dar a los elementos espirituales y morales la preferencia sobre las consideraciones materiales, morales y políticas. Ahora bien, lo que tentó a Jesús fue ceder en algo a estas esperanzas, al ejecutar la obra que su Padre le había encomendado. Debe de haber previsto que de no hacerlo así, era probable que la nación, viendo frustradas sus esperanzas, se apartara de él con incredulidad e ira.

Las diferentes tentaciones no fueron más que modificaciones de este mismo pensamiento. La sugestión de que cambiara las piedras en pan para satisfacer su hambre era una tentación a hacer uso del poder de milagros de que acababa de ser dotado, para un objeto inferior a aquellos para los cuales le fue conferido. Esta tentación fue precursora de otras en su vida posterior, tales como cuando la multitud pedía una señal, o que descendiera de la cruz para que pudieran creer en él.

Es probable que la sugestión de que se arrojara del pináculo del templo fuera también una tentación a condescender con el deseo del vulgo de ver maravillas, porque era parte de la creencia popular que el Mesías aparecería repentinamente y de una manera maravillosa; tal como, por ejemplo, si saltara del pináculo del templo para caer en medio de las multitudes congregadas abajo.

Es claro que la tercera y principal tentación, la de ganarse el dominio de todos los reinos del mundo por un acto de homenaje al maligno, no fue más que un símbolo de obediencia al concepto universal de los judíos de que el reino venidero había de ser una vasta estructura de fuerza material. Era una tentación tal como la que todo obrero de Dios, fatigado con el lento progreso de la justicia, debe de sentir con frecuencia, y a la cual personas aun de las mejores y más sinceras han cedido a veces; una tentación a comenzar por fuera en vez de comenzar por dentro, a hacer primero una gran armazón de conformidad externa con la religión, y llenarla después con la realidad. Fue la tentación a que sucumbió Mahoma cuando hizo uso de la espada para sojuzgar a aquellos a quienes después iba a dar la religión, y a la que sucumbieron los jesuitas cuando bautizaban a los paganos primero y los evangelizaban después.

Nos causa asombro pensar en que se presentaran semejantes sugerencias a la santa alma de Jesús. ¿Podía ser tentado él a desconfiar de Dios y aun a adorar al maligno? No hay duda de que estas tentaciones fueron arrojadas de él como las imponentes olas se retiran, hechas pedazos, del seno de la peña sobre la que se han arrojado. Pero estas tentaciones pasaron sobre él no sólo en esta ocasión, sino muchas veces antes en el valle de Nazaret, y frecuentemente después en las luchas y crisis de su vida. Debemos tener presente que no es pecado el ser tentado, que sólo es pecado ceder a la tentación. Y de hecho, cuanto más pura sea el alma tanto más doloroso será el aguijón de la tentación al buscar entrada en su pecho.

Aunque el tentador se apartó de Jesús sólo por algún tiempo, fue ésta la lucha decisiva; fue completamente derrotado y su poder destruido de raíz. Milton ha indicado esto concluyendo en este punto el *Paraíso Restaurado*. Jesús salió del desierto con el plan de su vida, formado sin duda mucho antes, endurecido por el fuego de la prueba. Nada es más notable en su vida posterior que la resolución con que llevaba a cabo este plan. Otros hombres, aun aquellos que han ejecutado grandes obras, no han tenido a veces ningún plan definido, y sólo han visto gradualmente, en la evolución de las circunstancias, el camino que debían seguir. Sus propósitos han sido modificados por los eventos y por los consejos de otros. Pero Jesús principió con su plan perfeccionado, y nunca se desvió de él ni en el

grueso de un cabello. Rechazó la intervención en este plan de su madre y de su discípulo principal, tan resueltamente como lo sostenía bajo la furibunda oposición de sus enemigos declarados. Y su plan era establecer el reino de Dios en el corazón de cada hombre, y poner su confianza no en las armas de fuerza política y material sino en el poder del amor y en la fuerza de la verdad.

Su ministerio

Divisiones de su ministerio público

Se calcula generalmente que el ministerio público de Jesús duró tres años. Cada uno de ellos tiene su carácter propio. El primero puede llamarse el *año de retiro*, tanto porque los datos que tenemos de él son muy escasos, como porque durante este año, parece sólo haber estado saliendo muy lentamente a la luz pública. Fue pasado en su mayor parte en Judea. El segundo fue el *año de popularidad*, durante el cual todo el país había llegado a saber de él. Su actividad era incesante, y su fama resonaba por toda la extensión del país. Transcurrió casi totalmente en Galilea. El tercero fue el *año de oposición*, durante el cual su popularidad iba menguando, sus enemigos se multiplicaban, y lo atacaban con más y más tenacidad, y por fin él sucumbió, víctima del odio. Pasó los primeros seis meses de este año final en Galilea, y los otros seis en otras partes del país.

Bajo este aspecto el bosquejo de la vida del Salvador se parece al de muchos reformadores y bienhechores de la humanidad. Una vida tal comienza, muchas veces, con un período durante el cual el público llega gradualmente a tener noticias del nuevo hombre que está entre ellos. Luego viene el período en que su doctrina o reforma es llevada en hombros de la popularidad; y concluye con una reacción en la cual las añejas preocupaciones e intereses que han sido atacados por él se recobran del ataque, y ganando a su favor las pasiones del vulgo lo destruyen en su rabia.